

ZARAGOZA

Nunca pensé que pudiera existir una ciudad con esa peculiar característica, nunca creí que comprobaría con mis propios Ojos, esa triste realidad.

Sombría por el Moncayo, desnuda de transeúntes, gélida como El disfraz que la cubre, espesa niebla, iluminada por una imagen ridícula, construidas con absurdas plazoletas, dinosaurios en tierra de nadie, taxistas preventivos de gastos innecesarios, graffiteros Bufones delirio de los locales, una sola tapa, parking en medio de un desierto, vuelve el frío de la estación (la de trenes), vuelve el graffiti burlón, en la otra esquina, anchoas, pañuelos para pequeños picnic en cuadros rojos y negros, caramelos como armas de defensa, mas anchoas, suena el teléfono, -todo bien mamá-, suena el teléfono – joder mamá, todo bien-. Señoras de la limpieza con Toyotas Celica aparcados en la puerta de tu casa, pipas que fuman agua (rotunda jilipollez), cartomagia como carnaza en anzuelo desnudo y oxidado por renunciar a una práctica inútil dada la terrible característica de esta ciudad.

No había ni una sola mujer bonita, ni una sola mujer a la que dedicarle unas líneas, no había un rostro atractivo, ni un aroma que conectase con el tuyo, ni un cabello digno de elogio, ni una puñetera figura que hiciera dirigir la mirada en el camino opuesto, no había el mas mínimo indicio de placer femenino.

Por el contrario,

Rock and Blus, esa única tapa, la casa magnética, la belleza de alguna que otra pared de algún que otro edificio construido por los ancestros islámicos, calefacción, una gran basílica (en realidad no sé si debía haberla incluido en el extracto anterior), la libertad de sentirte fuera, el tiempo detenido hasta próxima orden, el recuerdo que quedará, la nostalgia del tren aderezado con cerveza, la sonrisa proporcionada por los ronquidos de un buen hombre, la comida en general, el carácter en particular, la quietud y el silencio de sus calles (enero), las copas no demasiado caras, los bares no demasiado llenos, el final de un increíble concierto (jaja),

El vino de Somontano, la cercanía de la estancia, la generosa y atenta hospitalidad de César (un buen tipo con cierta guasa) y por supuesto la tranquilidad, la serenidad y la inmejorable compañía que ofrece siempre un gran amigo.

Este fue mi viaje, esta es mi Zaragoza.